

Las circunstancias para el creyente

John Nelson DARBY

biblicom.org

Siempre y en todo, estamos tratando con Dios. Si nos detenemos en las circunstancias, perdemos la sensación de estar tratando con Dios. Cuando llegamos a conocer realmente a Dios, lo conocemos como amor. Entonces, sabiendo que todo viene de él, aunque estemos en un desierto y sin importar el lugar o las circunstancias, interpretamos todo como proveniente de su amor. Puedo estar llamado a pasar por el sufrimiento, el dolor, la prueba, todo eso es parte de su disciplina; pero todo lo que viene de Dios viene de una fuente en la que confío. A través de las circunstancias, miro hacia él, y nada puede separarme de su amor.

¿No es cierto que a menudo nos detenemos, en la práctica, en las circunstancias en las que nos encontramos, y que solo consideramos nuestros sentimientos y nuestras reflexiones sobre esas circunstancias? De lo que deberíamos ocuparnos no son las circunstancias, sino lo que Dios desea producir a través de ellas. Puede haber un mal oculto, una de las 1.000 cosas que, si se toleran, pueden impedir nuestra comunión con Dios. Ese mal me corroe el corazón y, sin embargo, sigo sin darme cuenta. Pues bien, Dios envía una circunstancia que me hace descubrir el mal, para que sea rechazado. ¿No es eso una bendición? Las circunstancias no crean el mal; simplemente actúan sobre lo que descubren en mi corazón y lo hacen manifiesto. Una vez descubierto el mal, las circunstancias se olvidan por completo; solo el propósito de Dios es visible. Si hay circunstancias que prueban y atormentan nuestros corazones, digámonos simplemente: “Es a Dios a quien me dirijo, ¿qué quiere producir en mí?”. En el momento en que el corazón reconoce la presencia de Dios, todo está hecho, y se somete. El alma se encuentra en comunión con Él en cuanto a las circunstancias.